

Dos puntos de vista sobre el caso Bosch

El Nuevo Herald 8-6-89-13

Un golpe bajo a Bosch y a Cuba

parece inevitable: el gobierno americano expulsará de este país a Orlando Bosch. ¡Qué magnífico regalo para Fidel Castro! Bosch es para Castro lo que Castro fue para Batista: el único enemigo realmente temible, alguien capaz de pelear con cualquier arma, hasta la que escoge el adversario. Si el régimen comunista fue instalado en Cuba por la fuerza y se mantiene en el poder por la fuerza, ¿puede haber contra él un método más efectivo que la fuerza? Así razonaba Bosch desde los días del Escambray. Y así razonaba también el gobierno americano que empleó durante años a millares de cubanos en la lucha armada contra la dictadura de Cuba.

Mucho de lo que ese gobierno le atribuye a Bosch probablemente éste no lo hizo nunca, ni lo ordenó. Pero tanto como eso, o más, hicieron u ordenaron contra Castro las autoridades americanas y nadie ha sido castigado por ello. ¿Por qué se castiga entonces a Orlando Bosch? ¿Por qué se le deporta de este país contra su voluntad, aun después del reconocimiento de algunas autoridades de inmigración de que su presencia aquí no constituye una amenaza para la paz pública? ¿Por qué se castiga en Bosch una línea de acción violenta que Bosch ha repudiado públicamente? Pues muy sencillo: *porque la posición americana ha cambiado y el gobierno teme que Bosch no acepte ese cambio. En suma: porque Bosch estorba.*

La moraleja es ésta: si estás autorizado puedes hacerlo todo, si no lo estás no puedes hacer nada. Muchos cubanos hay aquí que pueden ratificar esto que digo mejor que yo. Lo que cuenta no es lo que hiciste, o lo que propones hacer. Lo que cuenta es si lo haces por ti mismo o por mandato de otros. Pelear contra los sandinistas no es malo, malo es pelear sin permiso de la CIA, como sabe muy bien Edén Pastora. Minar los puertos de Nicaragua, país con el que no se está en guerra, no es un crimen. Es un crimen bombardear las instalaciones militares de Castro, según dice la CIA que hizo Bosch. ¿Es esto una moral? A mí me parece un franco cinismo.

Pero esta realidad —de doble cara, como las monedas, dios de algunos— pertenece a un pasado que ya no podemos modificar. Es una experiencia histórica,

en cierto modo inerte. Podemos aprender de ella, pero no podemos permitir que nos paralice. Lo que realmente importa para nosotros es la libertad de Cuba, el modo en que podemos proseguir trabajando por esa libertad en las nuevas circunstancias nacionales e internacionales. Sobre eso no podemos dejarnos confundir. ¿Ha cambiado en algo el despotismo castrista? No. Entonces, ¿por qué tenemos que cambiar nosotros? ¿Ha abierto el dictador una era de rectificaciones, permitiéndole al pueblo de

Cuba siquiera las libertades que Gorbachev permite al pueblo ruso y Jaruzelski al pueblo polaco? Todo lo contrario. El anillo estaliniano sigue cerrándose cada día más. Entonces, ¿por qué tenemos que aflojar nosotros, aunque el gobierno americano se aflojara con el sedante de la lucha contra las drogas? Muchas cosas raras hay en el ambiente, y algunas presagian sucesos inaceptables, entre ellos el olvido.

Los americanos nos atragantan de pacifismo y de

Digamos 'no' a la violencia

Por JUAN C. PEREZ

Orlando Bosch debe ser deportado. Cinco palabras dolorosas para muchos, pero con consecuencias gravísimas de no llevarse a cabo.

Bosch se ha convertido en el más reciente punto de discordia en sacudir a la comunidad cubana. Se habla de lo inhumana que sería su deportación, de la falta de comprensión, de cómo Estados Unidos ha traicionado los ideales de libertad, igualdad y felicidad. Se idolatra a Bosch y se le justifica a como dé lugar. La realidad es que no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Las actividades terroristas que Bosch una vez desató en Cuba continuarían en Miami. De sus hazañas en nuestra ciudad ya sabemos, en particular del ataque con una bazuca a un barco polaco de carga el 16 de septiembre de 1968.

Tras cumplir tres años de una condena de 10, Bosch declaró que renunciaba a sus actividades políticas. Obtuvo la libertad bajo palabra en diciembre de 1972, pero, dos años más tarde, a raíz de la investigación del asesinato del líder cubano José de la Torriente, Bosch abandonó el país.

Pequeño arsenal

El país agraciado con su presencia fue Venezuela. Poco después de su llegada, las autoridades venezolanas incautaron en su apartamento un pequeño arsenal de armas y explosivos. Le dijeron que se fuera, y con pasaporte falso, entró en Chile, su nueva base de operaciones.

Los delitos continuaron, y de una forma o de otra, el nombre de Orlando Bosch siempre surgía, desde Buenos Aires hasta Ciudad Guatemala.

Las acusaciones se hacían más serias, como su arresto en Costa Rica, propiciado por el complot para asesinar al entonces secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, que llegaría al país cinco días más tarde. La explicación de Bosch fue que no atentaba contra Kissinger, sino contra Andrés Pascal Allende, sobrino del presidente chileno Salvador Allende.

En 1976, Bosch funda el grupo terrorista CORU. Ese mismo año, una bomba destruye el vuelo 455 de Cubana de Aviación, con un saldo de 73 muertos, incluyendo a agentes castristas. Aunque nunca se probó la

participación de Bosch en el desastre, sí se creyó que Bosch había planeado el mismo.

El caso de Bosch se prolongaría en los tribunales venezolanos hasta 1986. Un año después, quedaría libre. Fugitivo de la justicia norteamericana por haber violado su libertad condicional, regresó a Estados Unidos el 16 de agosto de 1988 y fue arrestado por las autoridades en Miami.

Basado en su largo historial de actividades criminales, el Departamento de Justicia ha decidido negarle asilo y deportarlo.

El gobierno de Estados Unidos hace bien en negarle el asilo a Bosch. Proteger a quien ha hecho uso de la violencia para cumplir su misión sólo serviría de aliciente para los otros muchos que favorecen el uso de métodos violentos a fin de lograr sus objetivos. Y en este país, no hay cabida para eso.

Aunque su lucha de 30 años contra el comunismo en Cuba tiene un objetivo noble, sus medios no lo han sido.

Los defensores de Bosch dicen que los cargos han sido fabricados por Fidel Castro. Obviamente, no se puede desestimar la mente torcida y maquiavélica de Castro, ni dudar que sea responsable de algunos de los incidentes, pero las acciones de Bosch lo persiguen, y la información obtenida por la CIA, el FBI y el Departamento de Estado es abundante.

De cara a la realidad

Se pide compasión para un hombre de 62 años que ha dedicado su vida a la lucha por la libertad, pero que no tuvo compasión para con otros que veían las cosas de forma diferente. Se dice que Castro lo matará si sale de este país. Pero la realidad es que si Castro lo quiere muerto, alguien dará con él, no importa dónde esté.

Si luchó por la libertad, pero de forma equivocada.

Es hora de que el exilio cubano defensor de Bosch abra los ojos y vea la realidad, pues la conmoción causada por Bosch representa algo muy serio: si los defensores exiliados rehúsan reconocerlo por lo que es, si no pueden hacer un frente unido, y decir basta a la violencia, se les hará muy difícil tomar el mando de una Cuba libre.

JUAN CARLOS PEREZ es editor de mesa de la revista 'Gusto/Tempo' de The Miami Herald.

moderación, nos ensalzan como una emigración única que saltó a la presidencia de los bancos desde las tomateras, nos meten en sus boletas electorales, y ahora nos quieren librar de la *presencia inquietante* de Orlando Bosch. Muy bien. Están en su país, pueden hacer y decir lo que les dé la gana. Pero lo que nunca podrán hacer es que el cubano desterrado de vergüenza olvide que al otro lado del mar hay una isla, que esa isla es suya, el único pedazo de tierra que realmente le pertenece, y que en ella agoniza desde hace seis lustros un pueblo ante el que sus verdugos levantan hoy otra vez como única respuesta el fatídico paredón. ¿Puede el cubano, por muy bien que viva aquí, olvidar todo eso? ¿Puede sentarse a la gran mesa de la democracia, a disfrutar de este festín de libertades americanas, mientras sus hermanos de la isla gimen bajo una siniestra esclavitud? Yo creo sinceramente que no.

El golpe de la deportación de Bosch es un golpe bajo. Uno más, no hay que escandalizarse mucho. Pero los que lo ordenan nunca debían olvidar esto: a Bosch pueden encarcelarlo, pueden deportarlo, pueden entregárselo a Castro arrojándolo a uno de esos países sin protección para que lo asesine; pero la causa de Bosch no desaparecerá. Esa causa no es el terrorismo, como nos quiere hacer creer hoy el gobierno americano. El terrorismo, o lo que así se llame, fue una táctica ocasional, una entre tantas, escogida en una hora desesperada por un pueblo que lucha por su supervivencia. La causa de Bosch es otra cosa. Es la causa del Escambray y de Bahía de Cochinos, la de Yarey y Miró Cardona, la de Armentino Fera y Manuel Urrutia, la de Pedro Luis Boitel y Gustavo Arcos, la de Frank País y Ernesto Díaz Rodríguez. La causa de los blancos y de los negros, de los ricos y de los pobres, de los que comenzaron la lucha hace treinta años y son ya viejos y de las generaciones jóvenes que llegan hoy a la lucha. La causa de los vivos y de los muertos. La causa, en fin, de la libertad de Cuba, que no desaparecerá mientras queo un solo cubano de vergüenza.

La hora es crítica

Nos duele lo que se está haciendo con Orlando Bosch, pero sabemos que él, caoba de corazón duro, lo sabrá soportar. Al final todos serán episodios pasajeros de una gran gesta, como lo fue la Fernandina. Si eso nos hace sentirnos demasiado mal, miremos a La Habana, donde nuestro enemigo se derrumba en medio de su propia carraña. ¿Podrá sobrevivir aquella estructura de intrigas y de traiciones? ¿Podrá prevalecer la obra de engaño y crimen de una cuadrilla alzada contra la voluntad de todo un pueblo? ¿Podrá salvarse un déspota que ya no sabe en qué vaso va a beber ni en qué cama va a dormir, cucado por la misma mala de horrores que él creó? Yo creo sinceramente que no.

No se ha visto ninguna casa que no se caiga cuando le serruchan los horcones. La hora es crítica. El déspota histrión mueve a sus actores en el escenario y les cambia los disfraces, pero a nadie engaña. Su suerte está echada. Como decía Martí en un refrán que recogió quién sabe dónde: nadie puede convertir a un mulo en un caballo aunque le recorte las orejas.



AGUSTIN TAMARGO